

## Capítulo 6: Cristo: Redentor del corazón y plenitud del amor

El camino del amor se adentra a veces por bosques oscuros y marcha al borde de precipicios. Y sin embargo, tras inspeccionar la ruta, nuestra mirada descubre horizontes de esperanza: viene quien quiere ayudarnos a recorrer la vía. Karol Wojtyła, en su *Taller del orfebre*, reconoce su rostro: es el Esposo. En un momento de la obra Adán se dirige a Ana –mujer tentada de abandonar a su marido y de abandonarse a un amor barato– para sacudir el sueño de dejadez en que se ha sumido: «He venido a despertarte» le dice Adán, «porque por esta calle tiene que pasar el Esposo. Las vírgenes prudentes quieren salir a su encuentro con lámparas [...] El Esposo está a punto de llegar. Es su hora». Más tarde, recordando esta escena, Adán comenta: «[Para Ana] todo amenazaba destrucción. Sólo podía comenzar el nuevo amor a raíz del encuentro con el Esposo». ¿Quién es este Esposo, que quiere devolvernos la lucidez? No se trata de un personaje de ficción. Es alguien de carne y hueso que nos ayuda a seguir hasta el final la llamada del amor, más allá de toda expectativa.

La presencia del Esposo es muy necesaria. En primer lugar, porque hay muchos obstáculos que nos cierran el paso en el camino del amor. En nuestro último capítulo ya examinamos la dificultad más patente: la herida de la concupiscencia, que atraviesa el corazón del hombre a causa del pecado, y llena de baches las vías del amor.

Pero no es este el único problema. Imaginemos, en efecto, que hemos allanado el sendero y enderezado las curvas peligrosas. Todavía podemos preguntarnos: ¿nos llevará esta carretera hasta el final, hasta nuestro destino? La cosa no parece fácil. Pues el final de este viaje del amor es la unión con Dios mismo, el Dios invisible y trascendente, infinito en su gloria y poder. ¿No es el corazón humano un recipiente demasiado pequeño para recibir una presencia tan grande? Con otras palabras: si es nuestro cuerpo el que nos ayuda a descubrir el amor, al abrírnos al mundo y a los demás hombres, ¿puede algo tan frágil y perecedero –nuestra carne– tocar al Dios invisible y eterno? Así resume Karol Wojtyła la dificultad:

¿Cómo hacer, Teresa,  
Para permanecer en Andrés para siempre?  
¿Cómo hacer, Andrés, para permanecer en Teresa para siempre?  
Puesto que el hombre no perdura  
en el hombre  
y el hombre no basta.

Como era de esperar, la solución a estas preguntas no puede encontrarla el hombre en sí mismo: ha de venir desde fuera, desde arriba. En realidad, esto ocurre con todas las respuestas que el hombre recibe desde el inicio de su camino. Recordemos que el asombro ante lo inesperado era la primera palabra de la experiencia humana, un asombro que fue en aumento según se abría paso a paso la ruta de Adán: cuando encontró a Eva, cuando esta concibió un hijo, cuando ambos descubrieron que su amor se abría hacia Dios. Ahora más que nunca, que los obstáculos parecen insalvables, solo una nueva revelación y un nuevo asombro pueden ofrecer la respuesta. Y es que la llamada al amor tiene siempre esta forma: la de una sorpresa que viene de allende nuestras fronteras y nos saca del callejón en que tendemos a encerrarnos. Solo la venida del Esposo podrá aclarar nuestras dudas. ¿Quién es este Esposo?

«Muchos han hablado del amor» decía San Máximo el Confesor, «pero los discípulos de Cristo son privilegiados, porque tienen al Amor mismo como maestro del amor». El Esposo es Cristo, cuya vida, muerte y resurrección manifiestan la plenitud del amor. Como dice el Papa Benedicto, es desde la mirada al costado abierto de Jesús desde donde nuestra definición del amor

debe comenzar. En esta contemplación el cristiano descubre el camino a lo largo del cual han de moverse su vida y su amor. ¿Cuál es el camino del amor que Cristo abre ante nuestros ojos?

## Renace la paternidad

Recordemos: el primer obstáculo en el camino del amor es el rechazo del don originario que viene del Padre. Adán y Eva dieron un no a la paternidad de Dios. Prefirieron poseer el mundo por sí mismos, antes que recibirlo de las manos del Creador. Así hace hablar a Adán Karol Wojtyła:

¿Puedo pedir, después de todo, que me perdone por ejecutar mi plan con tanta obstinación? ¿Por evadir continuamente tu paternidad y gravitar hacia mi propio aislamiento, de forma que tengas que revelarte como en un vacío externo?

El plan divino consistía en revelar su paternidad a través del amor de los primeros padres. Adán y Eva habían de dar testimonio de la presencia de Dios; su amor mutuo estaba llamado a hacer transparente para sus hijos el rostro del Creador. Pero, cuando excluyeron a Dios de su amor, el Padre no pudo ya brillar a través de la paternidad humana. Claro que Dios no deja de hacerse presente en el mundo; pero ahora el prisma que lo refleja –el amor humano– distorsiona su rostro. Lo que aparece es una caricatura de Dios: un legislador anónimo que impone sobre el hombre normas que reprimen sus deseos. No es que Dios se haya retirado ni escondido: su paternidad todavía reluce en medio de la existencia y vocación humanas. Pero los ojos del hombre se han nublado para entender que el Creador es bueno, la fuente de todo bien. Por eso ha de revelarse ahora, dice Karol Wojtyła, «como en un vacío externo».

Es cierto: esta imagen de Dios en el hombre no desaparece totalmente. «Ningún siglo puede ocultar la verdad / de la imagen y la semejanza». Dios trabaja para imprimir su imagen en el corazón del hombre y revelar su paternidad a través de los siglos. Continúa buscando al hombre, como atestigua la Biblia, a lo largo de una historia de salvación. Para Juan Pablo II una de las etapas más importantes en esta historia es la llamada de Abrahán:

Únicamente sabemos que oyó la voz  
que le dijo: “¡Vete!”  
Abrahán decidió seguir la voz.  
La Voz decía: “Serás padre de multitud de pueblos,  
tu descendencia se multiplicará como la arena en las playas”.

La llamada de Dios –sal de tu tierra– indica a Abrahán un nuevo comienzo. Y no solo a él: cuando el patriarca confía en la voz divina, es toda la raza humana la que responde de nuevo a la llamada del amor. Pues no somos seres aislados: nuestras historias y destinos se entrelazan e influyen mutuamente. Así, en Abrahán el hombre empieza su regreso a la obediencia filial, reconociendo de nuevo el amor originario de donde brota su existencia. En respuesta a la obediencia de Abrahán, Dios le promete una paternidad nueva: «Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes. Pues así serán tus descendientes» (Gén 15, 5). «Bendeciré a [Sara, tu mujer], y ella te dará un hijo» (Gén 17, 16). Juan Pablo II recuerda el diálogo de Dios con Abrahán en su *Tríptico Romano*:

Hijo –esto significa: la paternidad y la maternidad.  
Serás padre, Abrahán, serás padre de multitud de pueblos.

Y el Papa continúa describiendo, en forma de drama, la reacción de Abrahán ante la promesa divina:

¿Cómo se cumplirá esta promesa –pensaba Abrahán–  
Si la naturaleza me negó el don de la paternidad?  
La esposa que yo amaba desde los días de mi juventud

No me ha dado un hijo. Por esto sufrimos ambos.

La voz dijo, sin embargo: Serás padre. Serás padre de multitud de pueblos.

Tu descendencia se multiplicará como la arena en las playas.

Aunque parecía imposible a Abrahán convertirse en Padre, el Patriarca creyó que Dios, el Creador de toda vida, podía llevar a cabo este milagro: darle una descendencia en su ancianidad. Abrahán puede ser padre porque es hombre de fe, fiel al Dios de la Alianza. Es decir, la paternidad de Abrahán no contiene, como ocurrió a Adán, un rechazo de la fuente originaria, sino la aceptación de Dios Creador y dador de vida. Gracias a Abrahán, «el comienzo visible de un nuevo Adán», Dios puede irradiar de nuevo su paternidad desde dentro de la paternidad humana.

Ahora bien, estaba reservado a Cristo llevar a plenitud la alianza de paternidad que Dios ofreció al hombre en Abrahán.

## Cristo, el Hijo

El Antiguo Testamento es una larga preparación para lo que San Pablo llama «plenitud de los tiempos», cuando «Dios envió a su Hijo» (Gál 4, 4) y así cumplió, con sobreabundancia, las promesas que hiciera a Abrahán. De hecho, hay una íntima conexión entre la venida del Hijo y la plenitud de los tiempos. Pues los tiempos se cumplen cuando se recupera la irradiación de paternidad, perdida desde el primer hombre y ensayada, a partir de Abrahán, a lo largo de la historia de salvación. Ahora bien, la vida de Abrahán deja patente que, para poder convertirse en padre, uno tiene primero que aprender a ser hijo. Es decir, solo si se pone la confianza y fuerza en Dios Padre, confiando en Él como lo hace un buen hijo, puede uno hacer visible en el mundo la paternidad de Dios. Solo si hemos recibido en nosotros, como hijos de Dios, el amor del Padre, podemos irradiar este amor a nuestra descendencia. Así dice Karol Wojtyła:

Después de mucho tiempo he llegado a comprender: tú no quieres que yo sea padre sin ser al mismo tiempo hijo. Para esto precisamente vino tu Hijo al mundo. Él es totalmente tuyo.

Este pasaje de *Esplendor de paternidad* identifica el factor que diferencia a Jesús del resto de los hombres. Jesús pertenece totalmente al Padre: «Él es totalmente tuyo». Su existencia consiste en un puro venir del Padre y en un referirse totalmente a Él: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4, 34). Estas palabras de San Juan resumen la identidad de Jesús y expresan el centro de la confesión de fe. Cristo es el Hijo de Dios, nacido eternamente del Padre, consustancial con Él. Es decir, el Padre desde toda la eternidad comunica todo lo que tiene, toda su esencia de Dios, a su Hijo único, que es por eso uno con el Padre, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero.

Lo que ocurre en la plenitud de los tiempos es que este Hijo se hace hombre. Así, viene a realizar su misión propia como Hijo, es decir, como aquel que revela el misterio del Padre y de su amor. Con su venida Cristo cura la ceguera del hombre, incapaz de reconocer la paternidad de Dios. Así lo describe Karol Wojtyła en *Esplendor de paternidad*. El Adán de la obra cree que Dios «está solo» y se pregunta: «¿Y qué es lo que me hará más parecido a Él, es decir, independiente de toda cosa? ¡Ah, situarme por encima de todo, para quedarme sólo en mí mismo! Entonces es cuando estaré más cerca de Ti». Todo lo contrario ocurre en Cristo, el nuevo hombre y el Hijo eterno, que dice: el Padre «no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8,29).

Jesús nos muestra así que Dios no vive en soledad, como imagina el Adán de Wojtyła. Y es que Él es desde siempre Padre, porque desde siempre tiene un Hijo eterno, que es uno consigo en plena comunión. Es este Hijo el que abre el espacio de filiación para el hombre, el lugar en que el hombre puede entender su existencia como un don. Dios puede crear al hombre, puede donarle el mundo, puede darse a sí mismo al hombre en alianza, porque el don existe en Él desde siempre, en

su mismo ser divino. Es decir, en su Hijo, Dios tiene lugar para el hombre; en su Hijo, el Creador encuentra a sus creaturas.

Sigamos ahora con nuestras preguntas: ¿cómo es que el Hijo, coeterno al Padre y de su misma sustancia, puede tomar un cuerpo humano modelado del polvo de la tierra? ¿No ocurrirá que el cuerpo impida a los hombres contemplar el verdadero ser de Cristo?

Para responder hemos de recordar lo que ya sabemos sobre el cuerpo y su significado. En primer lugar, el cuerpo habla el lenguaje de nuestra presencia entre las cosas: en el cuerpo estamos abiertos a la realidad y a los demás hombres. Gracias al cuerpo descubrimos el mundo y nuestra existencia se enriquece con nuevos encuentros. Más aún, en el cuerpo el hombre se abre a la trascendencia: pues nuestro cuerpo es testigo de que Dios nos tejió en el vientre materno, y también de que somos frágiles y necesitamos su apoyo para seguir caminando hacia Él. Juan Pablo II afirma que el cuerpo es testigo de que la creación es un don de Dios y, por eso, testigo de la paternidad divina. En el cuerpo podemos experimentar la gratitud: cada objeto del mundo y cada momento de la vida es un regalo de Dios, dador de todo bien.

Lo dicho nos ayuda a acercarnos al gran misterio de la encarnación del Hijo de Dios. El Verbo ha asumido la carne, Dios se ha hecho hombre. ¿Es esto una contradicción, como quien habla de un «hierro de madera»? ¿Es el Hijo de Dios, eterno e invisible, lo opuesto a nuestro cuerpo material? Así podría pensar quien no entendiera el significado del cuerpo humano. Pero desde nuestro punto de vista sabemos que no hay contradicción entre el Hijo de Dios y el cuerpo. Al contrario, por un lado, el Hijo mismo es total apertura al Padre. Su ser consiste en referirse a Él, de quien todo ha recibido y cuya voluntad desea cumplir. ¿Y el cuerpo? Resulta que también es apertura a Dios, humilde reconocimiento de sus bienes. En el cuerpo entendemos el don divino, nos ponemos en contacto con el Padre. Fluye de esto una conclusión: no hay conflicto entre el Hijo, aquel que siempre mira al Padre, y el cuerpo asumido en Nazaret, que también nos refiere a Dios. Es decir: la carne no es un velo que ofusca la revelación del Hijo eterno, sino el lugar propicio para mostrar su comunión con el Padre. Del mismo modo la encarnación, el acto por el que el Hijo de Dios toma carne, no destruye la corporalidad humana. Por el contrario, perfecciona el lenguaje del cuerpo y muestra su plenitud: el cuerpo tiene un sentido filial, porque apunta hacia Dios; Jesús vivió en plenitud este sentido filial. En suma, Cristo revela en todo su esplendor el lenguaje del cuerpo como relación al Padre, dependencia de Él y aceptación de sus dones.

Es importante entender la conexión de estas ideas con la soledad originaria, de que hablamos en nuestro primer capítulo. La soledad del primer hombre en el jardín no era solo algo negativo, una ausencia dolorosa. Se trataba más bien de una llamada a entrar en diálogo con Dios: Adán se siente solo porque únicamente Él puede llenar su corazón; soledad es en realidad referencia al Padre. Dijimos también que esta soledad es posible porque el cuerpo es capaz de señalar a Dios, origen primero y destino último de la vida. Al mirar su cuerpo el hombre sabe que ha recibido la vida de las manos de otro y que no tiene en sí mismo la fuente de la existencia.

Pues bien, al llegar la Encarnación Jesús nos muestra en su cuerpo el rostro paterno de ese primer dador: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Es decir, Cristo devuelve al hombre el sentido originario del cuerpo como total referencia a Dios, en el nuevo contexto de su relación con el Padre. Así, Cristo revela plenamente el verdadero rostro de la soledad originaria: la soledad alcanza plenitud en la filiación.

La Biblia nos asegura que el cuerpo de Cristo fue preparado por el Padre, que le dio forma en el vientre materno de María. Al entrar en este mundo, dice Jesús: «Me has formado un cuerpo [...] ¡He aquí que vengo [...], a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (Heb 10, 5-7). La conexión de estas dos frases es importante. Las palabras en que el Hijo declara su obediencia al Padre —«he aquí que vengo a hacer tu voluntad»— revelan la verdadera dignidad del cuerpo. Como dice Juan Pablo II,

«por el hecho de que el Verbo de Dios se ha hecho carne, el cuerpo ha entrado, por así decir, a través de la puerta principal en la teología, es decir, en la ciencia que tiene por objeto la divinidad».

El papel del cuerpo nos ayuda a valorar la especial dignidad de María, la Madre de Dios. Ella concibió virginalmente a Jesús, el Hijo de Dios, nacido del Espíritu Santo. De esta forma María recuerda lo que significa ser madre: estar abierta a una especial acción de Dios, que confía a la mujer el don de cada nueva vida. En María la paternidad divina irradia de nuevo desde dentro de la historia humana. Así María es llamada con razón la nueva Eva, pues su historia nos permite volver al principio, al Paraíso. María es la nueva Madre de los vivientes que exclama en grado sumo: «¡He concebido un hijo con la ayuda de Dios!» (cf. Gén 4,1). Wojtyła subraya que esta maternidad revela la verdadera naturaleza de Dios como Padre y origen de todo: «La maternidad», escribe, «es expresión de la paternidad. Siempre ha de retornar al padre para tomar de él todo aquello de lo que es expresión. En esto consiste el resplandor de la paternidad».

Y así Cristo abre de nuevo para nosotros el camino de la filiación. Nos hace capaces de convertirnos a nuestra vez en hijos. «Se vuelve al padre a través del hijo», dice Wojtyła en *Esplendor de paternidad*. Este retorno ofrece a los esposos la ocasión de comenzar a curar las heridas de su relación, causadas por el olvido del don originario de Dios. Pues el camino para recuperar la unidad del amor pasa por recordar el don primero. Y este recuerdo está unido a la presencia del Hijo, que todo lo recibe del Padre. En *El taller del orfebre* el Esposo, para reconciliar a Ana y Esteban, renueva su condición de hijos de Dios. Así comenta Esteban:

¡Lástima que durante tantos años no nos hayamos sentido como dos niños!

¡Ana, Ana, cuánto tiempo perdido!

Ahora bien, Cristo no es solamente el Hijo. Le hemos llamado también Esposo. ¿Qué significa este último nombre y cómo se une al primero?

## **Cristo, el Esposo**

El cuerpo es testigo del don que el Padre nos hace: de Él venimos y hacia Él caminamos. Pero el lenguaje del cuerpo comunica más cosas. Recordemos el encuentro entre Adán y Eva. En él aprendemos que el cuerpo hace posible la comunión con otros, permitiéndonos compartir su experiencia. Así nos unimos a ellos en la construcción de una morada común. Nuestro mundo, gracias al cuerpo, pasa a ser un mundo compartido.

Pues bien, en la Encarnación el Hijo de Dios asume un cuerpo. Al nacer de María la Palabra se hizo carne de nuestra carne. Como dice la carta a los Hebreos, «así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó él» (Hb 2, 14), «por esto tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos» (Hb 2, 17). Cristo, el Hijo, se hizo nuestro hermano. De este modo es capaz de encontrarnos allá donde estemos y de compartir nuestra experiencia más profunda.

Para ver la importancia de esta identificación de Cristo con los hombres –y así entender por qué se le llama Esposo– hemos de recordar el encuentro entre Adán y Eva. Ellos descubrieron a Dios como Padre y origen de todos los dones solo cuando se encontraron cara a cara. Dios apareció entonces como quien les confiaba el uno al otro para que juntos caminasen hacia Él. Y así la unidad originaria de Adán y Eva (la relación entre los hombres) no suprime la soledad originaria (la relación de los hombres con Dios) sino que ahonda en ella: al descubrir el don del hermano me doy cuenta de que ambos somos hijos de Dios. La soledad y la unidad del principio son dos elementos de un mismo dinamismo, que nos descubren en qué consiste ser persona.

Desde aquí podemos volver a Cristo. Dijimos que el Hijo ha venido a recobrar las experiencias originarias del hombre para despertarle a la llamada al amor. Para ello tiene que asumir a la vez la soledad y unidad originarias: de este modo Él sana nuestra relación con Dios y

nuestra comunión mutua. De ahí que Cristo muestre su amor al Padre precisamente cuando ama a los suyos que están en el mundo, y los ama hasta el fin (ver Jn 13,1).

¿Cómo se unen en la vida de Cristo la soledad originaria (su referencia al Padre) y la originaria unidad (su unión con los creyentes)? Karol Wojtyla nos da una pista importante en uno de sus poemas. Se refiere allí al cuerpo de Cristo como al «espacio» en el que Él se entrega a nosotros y nos acepta en sí como un don del Padre. Veamos, pues, estos dos momentos: el modo en que Jesús nos recibe y el modo en que se nos entrega.

#### **a) «Los que me has dado» (Jn 17,6): Cristo recibe al hombre en sí**

En la última Cena Cristo dice al Padre: «He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado, tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado» (Jn 17, 6). Jesús es consciente de haber recibido los discípulos de la mano del Padre. Su relación con el Padre le permite ver en sus discípulos a aquellos que le han sido confiados por Dios.

La cosa nos es familiar. Recordemos, en efecto, la historia del Génesis. Allí Dios invitaba a Adán a recibir a Eva como un don suyo, y hacía lo mismo con Eva. Solo al aceptarse mutuamente de manos de Dios, Adán y Eva pueden afirmar la dignidad del otro. Así, están diciendo a su cónyuge algo parecido a los que Jesús dirá luego a sus discípulos. Podemos imaginar las palabras entre Adán y Eva: «Tú, que eres tan precioso a Dios, has sido confiado a mi cuidado. Tú, una creatura a la que Dios ha amado por sí misma, me has sido entregado. Ahora veo que Dios no solo me da cosas, sino que quiere darse a sí mismo, pues me entrega algo tan precioso para Él. El don de tu persona me muestra que Dios es mi Padre».

Cristo, por su parte, va mucho más allá de Adán y Eva. Él no solo recupera la experiencia de los primeros padres, sino que la lleva a una plenitud insospechada. Pues Jesús es el Hijo eterno del Padre, el máximo experto en descubrir y afirmar los dones de Dios, en que se apoya la realidad entera. Jesús nunca olvida que «el Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano» (Jn 3,5). De ahí que Cristo pueda llegar hasta el extremo en su afirmación de la dignidad personal, es decir, del amor inmenso con que Dios mira al hombre. Y supera así la forma en que Adán y Eva, incluso antes de su pecado, podían afirmarse mutuamente como dones del Padre, dándose y recibéndose de sus manos. El amor de Cristo llega hasta el extremo porque no se vuelve atrás ni siquiera ante aquello que parece denigrar la dignidad del hombre. Sigue recibéndole como don del Padre incluso en medio de su pecado, a la vista de su desprecio del otro y de su odio. Pues «el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10).

#### **b) «Dios entregó a su Hijo» (cf. Jn 3, 16) — Cristo se entrega al hombre**

Cada hombre es, pues, el don del Padre a Cristo. Esta afirmación debería calarnos hondo para captar su grandeza, lo mucho que vale el ser humano. Jesús, al acogerle, le ayuda a mirar su propia vida con aprecio. A esto hay que añadir otro aspecto importante: Cristo es también el don que el Padre hace al hombre. Dice así San Juan: «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su único Hijo» (Jn 3, 16). Cristo es el Amado del Padre, su Primogénito. Tal don nos hace considerar cuánto valemos el hombre ante Dios, para que por él se aviniera a enviar a su Hijo. Por eso, al contemplar a Cristo entregado por nosotros, descubrimos el amor que Dios nos tiene.

Hay aquí también una relación con la experiencia primigenia de Adán y Eva en el Edén. La primera mujer, tras ser aceptada por Adán como don precioso, debía reconocer también a Adán como don de Dios, llena de alegría. De esta forma ambos, al recibirse mutuamente como dones de Dios, ayuda idónea para su viaje común, quedaban incluidos en una corriente de amor que les levantaba hacia el Padre. Pues bien, igual que Adán y Eva supieron recibirse como don mutuo, así

ocurre entre Cristo y su Iglesia. Tras ser recibidos y acogidos por Jesús, que ve en los hombres un regalo de Dios, ahora hemos de acoger también a Cristo, don de Dios para el mundo.

Ahora bien, la manera en que Cristo lleva a plenitud el encuentro entre Adán y Eva es sobreabundante, por su condición singular de Hijo eterno de Dios. Él no solo regenera la belleza del Paraíso, sino que la supera infinitamente. En efecto, en el Hijo está todo aquello que el Padre puede dar al hombre; una vez que ha entregado al Hijo, ya no le queda otro don que ofrecer; y así Cristo manifiesta el amor del Padre en la forma más elevada. La dinámica del don traza ahora una espiral que llega hasta el mismo cielo. Juan Pablo II usará la imagen del sacrificio de Abrahán para ilustrar esta plenitud del don paterno:

Porque Dios reveló a Abrahán  
qué es, para un padre, el sacrificio de su propio hijo; muerte de sacrificio.  
Oh, Abrahán; porque Dios quiso tanto el mundo  
que le entregó a su Hijo para que cada uno que crea en él  
tenga la vida eterna.

Hemos visto, pues, que Cristo se entrega al hombre y que el hombre está llamado a recibirlo. Jesús restablece el movimiento del don, la unión entre la soledad (filiación) y la unidad (esponsalidad) originarias. En Él se asocian los nombres de Hijo y Esposo.

Por un lado, igual que Adán aceptó y afirmó a Eva como don de Dios, Cristo acepta y afirma a la Iglesia como regalo del Padre, al decir: «los que Tú me has dado» (cf. Jn 17,6). Cuando la persona se sabe afirmada por este amor, entiende lo que exclamaba San León Magno: «Reconoce, cristiano, tu dignidad». En esta entrega el nuevo Adán transforma a la humanidad entera en la nueva Eva, su Iglesia, una esposa «sin mancha ni arruga ni nada parecido» (cf. Ef 5,27). Por otro lado, igual que cada uno ha sido aceptado por Cristo, ha de aceptarle a su vez a Él como don del Padre para el mundo, manifestación plena del amor de Dios por el mundo. Cuando le recibimos en nuestra vida, entonces se completa el círculo del amor esponsal entre Cristo y la Iglesia. No se trata de un círculo que dé vueltas sobre sí mismo, sino más bien de una espiral ascendente que mueve al hombre hacia lo alto, hacia el Padre.

### **«Este es mi cuerpo, entregado por vosotros» (Lc 22,19)**

Hasta ahora hemos estudiado el dinamismo del don, y cómo Cristo lo vive hasta el extremo. Ha quedado al margen de nuestras reflexiones un aspecto importante: nuestro pecado, que oscurece el sentido de esta entrega. Como vimos en el capítulo quinto, el hombre no vive de acuerdo con la lógica del don, sino que está sujeto a otra lógica, la del dominio posesivo, que le aísla en una soledad autosuficiente y le extravía del camino del amor. En vez de escuchar en su cuerpo el lenguaje del don, el hombre caído abusa del cuerpo como «terreno de apropiación» de la otra persona. Ahora bien, el amor se opone a la lógica de dominio. Y como esta última lógica está ahora tatuada en el cuerpo del hombre, todo el que quiera amar debe estar dispuesto a experimentar una ruptura interna, un sufrimiento:

El aislamiento se opone al amor. En el límite del aislamiento, ha de convertirse el amor en sufrimiento: Tu Hijo padeció.

La experiencia corporal del sufrimiento es, por una parte, consecuencia del pecado, que rompe la armonía original del principio. Pero, por otro lado, el sufrimiento comunica su propio mensaje: tiene una capacidad singular para revelar el amor, para hacerlo de nuevo visible en el mundo. Como escribiera Karol Wojtyła en uno de sus dramas juveniles, «del sufrimiento nace una Nueva Alianza». Esta conexión misteriosa entre el sufrimiento y el amor es la llave para recuperar la vocación originaria del hombre. ¿En qué consiste este vínculo entre el amor y el dolor?

El hombre se afana por vivir aislado en sí mismo, pensando que todo está bajo su control. Tarde o temprano, sin embargo, el sufrimiento entra en su vida: es un accidente, la muerte de un

amigo, un fracaso profesional, una enfermedad espinosa. Entiende entonces que no está en su mano asegurar el éxito de su viaje: ¿tendrá algún sentido su caminar, después de todo? Surgen de nuevo las grandes preguntas de la existencia, preguntas acerca de la propia identidad. ¿A quién las dirigimos? ¿Ante quién nos quejamos cuando nos acucia el dolor? De acuerdo con Juan Pablo II es a Dios, en último término, a quien se plantean estos interrogantes. Esto quiere decir que el sufrimiento es un testigo de la soledad originaria del hombre ante Dios. El cuerpo sufriente es capaz de aprender, en el dolor, la relación singular del hombre con la transcendencia.

Una escena de Dostoyevski en *Los hermanos Karamazov* ilustra esta relación entre el dolor y lo sagrado. Al inicio de la novela se describe el encuentro del anciano *stárets* Zósima, un sabio y venerable monje, con los tres Karamazov: Iván, Dimitri, Alyosha. Mientras discuten, el anciano lleva a cabo un extraño gesto: «El *stárets* [Zósima]», escribe el novelista ruso, «dio unos pasos en dirección a Dimitri Fiódorovich y, cuando estuvo muy cerca, se hincó ante él de rodillas. Alyosha creyó por un momento que había caído de debilidad, pero no era eso. Una vez arrodillado, el *stárets* se inclinó a los pies de Dimitri Fiódorovich haciéndole una reverencia completa, precisa y consciente, y hasta rozó el suelo con la cabeza». Solo más tarde Zósima explicará el sentido de su gesto a Alyosha, el hermano de Dimitri: «Ayer me incliné ante los grandes sufrimientos que le esperan». Y, en efecto, la novela nos narrará la terrible prueba reservada a Dimitri, acusado de un parricidio que no ha cometido. Para el santo monje, el sufrimiento pone de relieve la dimensión sagrada de la existencia humana; nos anuncia otra vez el misterio del hombre y nos inclina a arrodillarnos ante él. Según esto, el cuerpo sufriente habla el lenguaje de la soledad originaria.

Además, el dolor nos ayuda a recuperar también la unidad originaria, la comunión entre los hombres. A la vista del pobre o del enfermo que sufre somos movidos a compasión, y se nos invita así a participar de algún modo en su dolor. Juan Pablo II habla en este sentido de un «mundo del sufrimiento». De hecho, sufrir es una forma de compartir una experiencia profunda con otros, de asociarnos a su vida; y esta comunión en el sufrimiento es la clave para descubrir en el dolor un sentido, respondiendo así a su gran interrogante. Dice Juan Pablo II, en frase inspirada:

El sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor a al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la «civilización del amor».

Es decir, ante el sufrimiento del prójimo el hombre escucha una llamada a acoger a la persona herida, a entrar en unión con ella. Si así lo hace, el amor brillará de nuevo en el mundo y esta será precisamente la respuesta a la pregunta que cada uno plantea a Dios mismo, cuando acosado por el dolor y la angustia. Este amor es la respuesta de Dios, el testimonio de que Él no ha dejado al hombre solo. Ahora el sufrimiento puede ser visto, una vez que nos ha permitido redescubrir el amor, como una bendición, un evento con sentido. Así podemos decir que el dolor no es simplemente una consecuencia nociva del pecado. Se trata a la vez del primer paso para superar al pecado, el cual consiste precisamente en la negación del amor. En el sufrimiento el cuerpo habla de nuevo el lenguaje de la soledad y unidad originaria, en su íntima conexión: a través del encuentro con el hermano aprendemos a redescubrir la presencia de Dios en nuestra vida.

Este lenguaje culmina en la vida de Cristo. Cristo mismo es, en efecto, el Buen Samaritano, movido a compasión a la vista de aquel viajero medio muerto a la vera del camino. Cristo se acerca a abrazar nuestro dolor, identificándose con nosotros hasta el punto de morir en una Cruz: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 2,20), dice San Pablo. De este modo Cristo afirma hasta el fin la dignidad del hombre, al considerarnos dignos de amor compasivo, pues «hemos sido comprados a un precio alto» (cf. 1 Cor 6,20). De hecho, solo contemplando al Crucificado nos damos cuenta del gran amor con que el Padre nos ama: «El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?» (Rom 8, 32). Como escribe Juan Pablo II en su primera encíclica:

La Cruz sobre el Calvario, por medio de la cual Jesucristo [...] «deja» este mundo, es al mismo tiempo una nueva manifestación de la eterna paternidad de Dios, el cual se acerca de nuevo en Él a la humanidad, a todo hombre.

Esto significa que el dolor de Cristo no es una mera restauración del lenguaje que el cuerpo hablaba en el paraíso. En su cuerpo sufriente se lleva a plenitud insospechada el significado esponsal, el vínculo entre la soledad y la unidad del principio. Para ilustrar este punto pensemos en las palabras con que Jesús instituye la Eucaristía: «Este es mi cuerpo, entregado por vosotros». Al decir estas palabras sencillas Cristo se entregaba totalmente por los suyos, manifestando así el amor del Padre por el mundo. De nuevo vemos aquí la lógica del principio, pronunciada ahora con el lenguaje del dolor y del perdón: Cristo cumple la voluntad del Padre como su Hijo cuando se entrega por la salvación del mundo como Esposo de la Iglesia: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo [...] Esa es la orden que he recibido de mi Padre» (Jn 10,17-18). Cristo, Hijo y Esposo, revela y plenifica, en su acción corporal, la soledad y unidad originarias, el amor al Padre y la comunión con sus hermanos. Así lo expresa Karol Wojtyła en su poema *Meditación sobre la paternidad*:

ese amor que el Padre revela en el Hijo; y en el Padre, por el Hijo, engendra al Esposo. Padre y Esposo: cómo cuida Él de cada hombre como del más grande tesoro, de un bien irremplazable. Cuida de nosotros como el amante de la amada: Esposo e Hijo.

## Somos frutos del amor de Cristo

Cristo, hemos visto, es el Hijo y el Esposo que revela el camino del amor. Nos queda, todavía, un paso que dar. Pues nosotros no somos Jesús: ¿cómo vivir igual que vivió Él? ¿Alcanzaremos alguna vez su plenitud como Hijo y Esposo, o quedará esta a alturas inaccesibles? ¿Es posible participar en esta cumbre del amor, tal como lo vive el Señor? Karol Wojtyła pone en boca de Adán estas dudas en *Esplendor de paternidad*:

Contemplo maravillado al Esposo, pero no sé transformarme en Él. ¡Cuán lleno está de contenido humano! Él es la antítesis viva de todo aislamiento. Si pudiera arraigarme en Él, si fuera capaz de habitar en Él, brotaría en mí aquel amor del que Él rebosa.

Pues bien, es posible zambullirnos en la experiencia de Cristo. Quien nos hace capaz de esto, es el mayor don de Jesús, su Espíritu Santo. Recibiéndolo podemos transformarnos en Él y recorrer así el camino que Dios abrió desde el principio para nuestros pasos.

Este Espíritu estaba ya presente durante la vida de Jesús. Habitaba dentro de Él y le guiaba, y por eso puede ahora guiarnos a nosotros. Juan Pablo II usa una comparación para explicar la obra del Espíritu en Jesús. Del mismo modo que un fuego del cielo consumía los sacrificios que se ofrecían en el Antiguo Testamento, «por analogía se puede decir que el Espíritu Santo es el “*fuego del cielo*” que actúa en lo más profundo del misterio de la Cruz. Proveniendo del Padre, ofrece al Padre el sacrificio del Hijo, introduciéndolo en la *divina realidad de la comunión trinitaria*». El Espíritu es el amor, la comunión entre el Padre y el Hijo. El Padre envía este Espíritu al corazón humano del Hijo para que este se entregue en sacrificio por la salvación del mundo.

Y desde Jesús, el Espíritu pasa a nosotros: Cristo lo regaló a la Iglesia en Pentecostés. Cuando sopló sobre los discípulos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo» les permitía entrar en el espacio mismo de su amor. En el Espíritu, en efecto, participamos en la misma relación de Jesús con su Padre y los hombres. El Espíritu Santo puede llamarse, por eso, como decía San Ireneo de Lyon, «la comunicación de Cristo». Al ver la obra de este amor, donado por Cristo, escribe Wojtyła: «El Esposo pasa por muchas calles / y se cruza con muchas personas. / Al pasar, pulsa el amor / que hay en ellas». Tocar el amor que está en el corazón del hombre quiere decir sintonizar los corazones humanos con el amor del corazón mismo de Jesús, por el don del Espíritu. Benedicto XVI lo confirma:

En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón [de los creyentes] con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cf. Jn 13,1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cf. Jn 13,1; 15,13).

Al comunicar el Espíritu a los Esposos, Jesús les dice palabras parecidas a estas de Adán en *El taller del orfebre*:

Amada mía, no sabes cuánto me perteneces, hasta qué punto perteneces a mi amor y a mi sufrimiento; porque amar significa dar la vida con la muerte, amar significa brotar como una fuente de agua viva en lo más hondo del alma, que convertida en llama o ascua no puede extinguirse jamás.

«Amar significa brotar como una fuente de agua viva en lo más hondo del alma». Como hemos visto, este amor tiende por sí mismo hacia la fecundidad. Y así como el amor entre los esposos se desborda hacia la generación de nueva vida, así también el amor que Cristo comparte con nosotros es fecundo en el Espíritu Santo. «Nosotros existimos gracias a su fruto [de Cristo]», decía San Ignacio de Antioquía, a comienzos del siglo primero. O, como exclama el personaje llamado «la Madre», en *Esplendor de paternidad*: «¡Mi esposo no quiere quedarse solo en su muerte!». No, no quiere quedarse solo, quiere comunicar el don de su amor en la Cruz para recrearnos como hijos del Padre; quiere que su don sea fecundo. Lo único que queda es que aceptemos esta invitación a transformar nuestro amor y convertirlo en imagen del amor de Cristo.

## La vida de Cristo y el camino de la imagen

Ya sabemos que la imagen de Dios es el camino en que se despliegan nuestras vidas en el tiempo. Primero hemos de aprender a ser *hijos*, a aceptar nuestra existencia de las manos del Padre. Luego, al darnos mutuamente como *esposos*, respondemos al don primero de Dios. Y así nos convertimos, por último, en *padres*, cuya vida está llena de fruto. Esto quiere decir que la familia (donde aprendemos a ser hijos, esposos, padres) es el hábitat natural donde se desarrolla la imagen divina, impresa en el hombre.

Este capítulo nos ayuda a prolongar nuestras reflexiones sobre la imagen de Dios: Cristo es el Hijo, enviado para convertirse en Esposo y así comunicar a su Esposa, la Iglesia, la nueva fecundidad del Espíritu de amor. De este modo Cristo perfecciona la imagen de Dios que había sido impresa en el hombre al principio; lo hace asumiendo el dinamismo propio de la familia. La revelación novedosa del amor de Dios en Cristo sigue la senda, al alcance de todos, de la filiación (Cristo es el Hijo), la sponsalidad (Cristo es el Esposo) y la paternidad (Cristo está lleno de fruto en el don de sí mismo) y de este modo corona el camino del hombre hacia Dios. Y concluimos entonces, al ver la cercanía entre el camino de Cristo y el camino de la familia: la salvación de Dios es muy grande precisamente porque es muy sencilla.

Todo lo demás parecerá entonces futil y accidental, excepto esto: excepto el padre, el hijo y el amor. Y entonces, contemplando las cosas más sencillas, diremos todos: ¿no se hubiera podido conocer esto mucho antes? ¿No ha estado siempre presente en la hondura de todo lo que es?

La acción de Cristo nos abre de nuevo el camino del amor. Es verdad que la voz de la concupiscencia resuena todavía en nosotros. Pero Cristo nos toca una música mucho más poderosa, que nos anima a superar los obstáculos que surgen en nuestro camino:

Y he aquí que nos hallamos los dos en la historia de cada hombre: yo, de quien comienza y nace la soledad, y Él, en quien la soledad desaparece y vuelven a nacer los hijos.

Nuestra tarea en el próximo capítulo será considerar cómo «la soledad desaparece» en ese nuevo género de vida ofrecido «a los hijos que nacen de nuevo».